

y se unían con la espuma de la hediondez, y que para las *aveñolas* (1) hacen hollín y albayalde para embarnizar las mejillas. Pues las que así enfadan á los poetas gentiles, la verdad ¿cómo no las desechará y condenará? Pues Alexi, otro cómico, ¿qué dice de ellas, reprendiéndolas? Que pondré lo que dijo, procurando avergonzar con la curiosidad de sus razones su desvergüenza perpétua, sino que no pudo llegar á tanto su buen decir, y verdaderamente que yo me avergonzaria, si pudiese defenderlas con alguna buena razon, de que las tratase así la comedia. Pues dice:—Demás desto, acaban á sus maridos, porque su primero y principal cuidado es el sacarles algo, y el pelar á los tristes mezquinos; ésta es su obra, y todas las demas en su comparacion les son acesorias. ¿Es por ventura alguna dellas pequeña? embute los chapines de corcho; ¿es otra muy lüengua? trae una suela sencilla, y anda la cabeza metida en los hombros, y hurta esto al altor (2); ¿es falta de carnes? afórrase

(1) Aunque no he hallado este vocablo en ninguno de los muchos diccionarios de la lengua castellana que he visto á este fin, no pongo duda alguna en que su significado son las cejas, pues ademas de persuadirlo así el contexto, se infiere claramente por el original en griego de San Clemente Alejandro, que dice de esta suerte: *καὶ ταῖς ὀφθαλμοῖς τὴν ἀσβολὴν ἀνα ματταίνει*; lo cuál vierten los intérpretes: *Et supercilia fuligine illinum.*

(2) Es voz que no se usa ya. Dícese ahora altura.

de manera que todos dicen que no hay más que pedir; ¿crece en barriga? estréchase con fajas, como si *tranzase* (1) el cabello, con que va derecha y *cenceña* (2); sumida de vientre, como con puntales hace la ropa adelante; ¿es bermeja de cejas? encúbrelas con hollín; ¿es acaso morena? anda luego el albayalde por alto; ¿es demasiadamente muy blanca? frégase con la tez del húmero; ¿tiene algo que sea hermoso? siempre lo trae descubierto; pues que si los dientes son buenos, forzoso es que se ande riendo. Y para que vean todos que tiene gentil boca, aunque no esté alegre, todo el santo día se rie, y trae entre los dientes siempre algun palillo de murta delgado, para que, quiera que no, en todos tiempos esté abierta la boca.—Esto he alegado de las letras profanas, como para remedio contra este mal artificio y deseo excesivo del afeite, porque Dios procura nuestra salud por todas las vías posibles; más luego apretaré con las letras sagradas, que al malo público natural es apartarse de aquello en que peca, siendo reprehendido por la vergüenza que padece. Pues así como los ojos vendados ó la mano envuelta en emplastos, á quien lo ve hace indicio de

(1) Tranzar es lo mismo que trenzar.

(2) Vale tanto como delgada.

enfermedad, así el color postizo y los afeites de fuera dan á entender que el alma en lo de dentro está enferma. Amonesta nuestro divino Ayo y Maestro que no lleguemos al río ajeno, figurando por el río ajeno la mujer destemplada y deshonesta, que corre para todos, y que para el deleite de todos se derrama con posturas lascivas. — Contiénete, dice (1), del agua ajena, y de la fuente ajena no bebas; — amonestándonos que huyamos la corriente de semejante deleite, si queremos vivir luengamente, porque el hacerlo así añade años de vida. Grandes vicios son los del comer y beber, pero no tan grandes, con mucha parte, como la afición excesiva del aderezo y afeite; para satisfacer el gusto la mesa llena hasta, y la taza abundante, más á las aficionadas á los oros, á los carmesíes y á las piedras preciosas no les es suficiente ni el oro que hay sobre la tierra ó en sus entrañas della, ni la mar de Tiro, ni lo que viene de Etiopía, ni el río Pactolo, que corre oro, ni aunque se transformen en Midas, quedarán satisfechas algunas dellas, sino pobres siempre y deseando más siempre, aparejadas á morir con el haber. Y si es la riqueza ciega, como de véras lo es las que tienen puesta en ella toda su afición y sus

(1) Eclesiast., cap. 23, v. 30.

ojos, ¿ cómo no serán ciegas? Y es que, como no ponen término á su mala codicia, vienen á dar en licencia desvergonzada, porque les es necesario el teatro y la procecion y la muchedumbre de los miradores, y el vagüear por las iglesias y el detenerse en las calles para ser contempladas de todos, porque cierto es que se aderezan para contentar á los otros. Dice Dios por Hieremias (1): — Aunque te rodees de púrpura y te enjeyes con oro y te pintes los ojos con alcohol, vana es tu hermosura. — Mas ¿ qué desconciertó tan grande que el caballo y el pájaro y todos los demas animales de la hierba y del prado salgan alindados cada uno con su propio aderezo, el caballo con crines, el pájaro con pinturas diversas, y todos con su color natural, y que la mujer, como de peor condicion que las bestias, se tenga á sí misma en tanto grado por fea, que haya menester hermosura postiza, comprada y sobrepuesta? Preciadoras de lo hermoso del rostro, y no cuidadosas de lo feo del corazon; porque sin duda, como el hierro en la cara del esclavo muestra que es fugitivo, así las floridas pinturas del rostro son señal y pregon de ramera. Porque los volantes y las diferencias de los tocados, y las invenciones del coger

(1) Hierem., cap. 4, v. 30.

los cabellos, y los visajes que hacen dellos, que no tienen número, y los espejos costosos, á quien se aderezan, para cazar á los que, á manera de niños ignorantes, hincan los ojos en las buenas figuras, cosas son de mujeres *raidás* (1), y tales, que no se engañará quien peor las nombrare, transformadoras de sus caras en máscaras. Dios nos avisa que no atendamos á lo que parece, sino á lo que se encubre (2); porque es lo que se ve temporal, y lo que no, sempiterno; y ellas locamente inventan espejos, adonde, como si fuera alguna cosa loable, se vea artificiosa figura, á cuyo engaño le venía mejor la cubierta y el velo. Que, como cuenta la fábula, á Narciso no le fué útil el haber contemplado su rostro. Y si veda Moises (3) á los hombres que no hagan alguna imágen, compitiendo en el arte con Dios, ¿cómo les será á las mujeres lícito en sus mismas caras formar nuevos gestos en revocacion de lo hecho? Al profeta Samuel, cuando Dios le envió á ungir en rey á uno de los hijos de José, paresciéndole que el más anciano dellos era hermoso y dispuesto, y queriéndole ungir, díjole Dios:—No mires á su rostro ni atiendas á su buena disposicion de ese

(1) Libres y desvergonzadas.

(2) II, Ad corinth., cap. 4, v. 2.

(3) Exod., cap. 20, v. 4. Deuteron., cap. 5, v. 8.

hombre que le tengo desechado; que el hombre mira á los ojos y Dios tiene cuenta con el corazon (4).—Y así, el Profeta no ungió al hermoso de cuerpo, sino consagró al hermoso de ánimo. Pues si la belleza de cuerpo, aún aquella que es natural, tiene Dios en tanto ménos que la belleza del alma, ¿qué juzgará de la postiza y fingida el que todo lo falso desecha y aborrece?—En fe caminamos, y no en lo que es evidente á la vista (2).—Manifiestamente nos enseñó en Abraham el Señor que ha de menospreciar quien le siguiere la parentela, la tierra, la hacienda y riquezas y bienes visibles (3). Hizole peregrino, y luégo que despreció su natural y el bien que se veía, le llamó amigo suyo; y era Abraham noble en tierra y muy abundante en riqueza, que, como se lee (4), cuando venció á los reyes que prendieron á Lot, armó de sola su casa trescientas y diez y ocho personas. Sola es Ester la que hallamos (5) haberse aderezado sin culpa, porque se hermosteó con misterio y para el rey, su marido; demas que aquella su hermosura fué rescate de toda una gente condenada á

(1) Lib. I, Regum, cap. 16, v. 7.

(2) II, Ad corinth., cap. 5, v. 7.

(3) Genes., cap. 12, v. 1.

(4) Genes., cap. 14, v. 14.

(5) Esther, cap. 5, v. 1.

la muerte; y así, lo que se concluye de todo lo dicho es que el afeitarse y el hermosearse, á las mujeres hace rameras y á los hombres hace afeminados y adúlteros, como el poeta trágico lo dió bien á entender cuando dijo:

De Frigia vino á Esparta el que juzgára,
Segun lo dice el cuento de los griegos,
Las diosas; hermosísimo en vestido,
En oro reluciente, y rodeado
De traje barbaresco y peregrino.
Amó, y partióse así, llevando hurtada
A quien también le amaba, al monte de Ida,
Estando Menelao de casa ausente.

«¡Oh belleza adúltera! El aderezo bárbaro trastornó á toda Grecia. A la honestidad de Lacedemonia corrompió la vestidura, la policía y el rostro. El ornamento excesivo y peregrino hizo ramera á la hija de Júpiter. Mas en aquellos no fué gran maravilla, que no tuvieron maestro que les cercenase los deseos viciosos, ni ménos quien les dijese: —No fornicarás ni desearás fornicar;— que es decir:—No caminarás al fornicio (1) con el deseo, ni encenderás su apetito con el afeite ni con el exceso del aderezo denasidado.— Hasta aquí son palabras de San Clemente. Y Tertuliano, varon doctísimo y vecino á los Apóstoles, dice (2): «Vosotras tenéis obligacion de agra-

(1) Vale lo mismo, que fornicacion. Es voz que ya no se usa.

(2) Lib. De cultu fornicarum.

dar á solos vuestros maridos. Tanto más los agradaréis á ellos, cuanto ménos procurarédes parecer bien á los otros. Estad seguras. Ninguna á su marido le es fea; cuando la escogió se agradó porque ó sus costumbres ó su figura se la hicieron amable. No piense ninguna que si se compone templadamente la aborrecerá ó desechará su marido, que todos los maridos apetecen lo casto. El marido cristiano no hace caso de la buena figura, porque no se ceba de lo que los gentiles se ceban; el gentil en ser cosa nuestra la tiene por sospechosa, por el mal que de nosotros juzga. Pues dime, tu belleza ¿para quién la aderezas, si ni el gentil la cree ni el cristiano la pide? Para qué te desentrañas por agradar al receloso ó al no deseoso? Y no digo esto por induciros á que seais algunas desaliñadas y fieras, ni os persuado el desaseo, sino digoos lo que pide la honestidad, el modo, el punto, la templanza con que aderezaréis vuestro cuerpo. No habeis de exceder de lo que al aderezo simple y limpio se debe, de lo que agrada al Señor; porque sin duda le ofenden las que se untan con unciones de afeites el rostro, las que manchan con arrebol las mejillas, las que con hollin alcoholan los ojos; porque sin duda les desagrada lo que Dios hace, y arguyen en sí mismas de falta á la obra divina, reprehenden al Ar-

tífice que á todos nos hizo. Reprehéndenle, pues le enmiendan, pues le añaden. Que estas añadiduras tómanlas del contrario de Dios, esto es, del demonio, porque, ¿quién otro será maestro de mudar la figura del cuerpo, sino el que transformó en malicia la imágen del alma? El sin duda es el que compuso este artificio, para en nosotros poner en Dios las manos en cierta manera. Lo con que se hace, obra de Dios es; lo que se finge y *artiza* (1), obra será del demonio. Pues ¿qué maldad, á la obra de Dios sobreponer lo que ingenia el demonio? Nuestros criados no toman ni prestado de los que nos son enemigos; el buen soldado no desea mercedes del que á su capitán es contrario, que es aleve encargarse del enemigo de aquel á quien sirve, y recibir ayuda y favor de aquel malo el cristiano, si ya le llamo bien con tal nombre, si es ya Cristo. Porque más es de aquel cuyas enseñanzas aprende. Mas, ¡cuán ajena cosa es de la enseñanza cristiana de lo que profesáis en la fe! Cuán indigno del nombre de Cristo traer cara postiza, las que se os mandó que en todo guardéis sencillez; mentir con el rostro, las que se os veda mentir con la lengua; apeteer lo

(1) Artizar es lo mismo que hacer por arte. No está en uso.

que no se os da, las que os debéis abstener de lo ajeno; buscar el parecer bien, las que teneis la honestidad por oficio! Creedme, benditas; mal guardaréis lo que Dios os manda, pues no conserváis las figuras que os pone. Y áun hay quien con azafran muda de su color los cabellos. Afréntanse de su nación; duélense por no haber nacido alemanas ó inglesas, y así procuran desnaturalizarse en el cabello siquiera. Mal agüero se hacen colorando su cabeza de fuego. Persuádense que les está bien lo que ensucian. O cierto, las cabezas mismas padecen daño con la fuerza de las lejías. Y cualquiera agua, aunque sea pura, acostumbrada en la cabeza, destruye el cerebro, y más el ardor del sol con que secan el cabello y le avivan. ¿Qué hermosura puede haber en daño semejante, ó qué belleza en una suciedad tan enorme? Poner la cristiana en su cabeza azafran, es como ponerlo al idolo en el altar; porque en todo lo que se ofrece á los espíritus malos, sacados los usos necesarios y saludables á que Dios lo ordenó, el usar dello puede ser habido por cultura de ídolos. Mas dice el Señor (1): «¿Quién de vosotras puede mudar su cabello ó de negro en blanco ó de blanco en negro?» ¿Quién?

(1) Math., cap. 5, v. 36.

Estas que desmienten á Dios. Veis, dicen, en lugar de hacerle de negro blanco, le hacemos rubio, que es mudanza más fácil. Demas de que tambien procuran de mudarle de blanco en negro las que les pesa de haber llegado á ser viejas. ¡Oh desatino, oh locura, que se tiene por vergonzosa la edad deseada, que no se asconde el deseo de hurtar de los años, que se desea la edad pecadora, que se repara y se remedia la ocasion del mal hacer! Dios os libre á las que sôis hijas de la sabiduría, de tan grande necedad. La vejez se descubre más cuando más se procura encubrir. ¿Esa debe de ser sin duda la eternidad que se nos promete, traer moza la cabeza? ¿Esa la incorruptibilidad de que nos vestirémos en la casa de Dios, la que da la inocencia? Bien os dais prisa al Señor, bien os apresurais por salir deste malvado siglo las que teneis por feo el estar vecinas á la salida. A lo ménos decidme, ¿de que os sirve esta pesadumbre de aderezar la cabeza? ¿Por qué no se les permite que reposen á vuestros cabellos, ya trenzados, ya sueltos, ya derramados, ya levantados en alto? Unas gustan de recogerlos en trenzas, otras los dejan andar sin órden y que vuelen ligeros con sencillez nada buena; otras, demas desto, les añadís y apegais no sé qué monstruosas demasías de cabellos postizos, for-

mados á veces como *chapeo* (1), ó como vaina de la cabeza, ó como cobertera de vuestra mollera, á veces echados á las espaldas, ó sobre la cerviz empinados. ¡Maravilla es cuanto procurais estrellaros con Dios, contradecir sus sentencias! Sentenciado está (2) que — ninguno pueda acrecentar su estatura. — Vosotras, si no á la estatura, á lo ménos añadís al peso, poniendo tambien sobre vuestras caras y cuellos no sé qué costras de saliva y de masa. Si no os avergonzais de una cosa tan desmedida, avergonzáos siquiera de una cosa tan sucia. No pongais, como iguales, sobre vuestra cabeza santa y cristiana los despojos de otra cabeza por ventura sucia, por ventura criminosa y ordenada al infierno. Antes alanzad de vuestra cabeza libre esa como postura servil. En balde os trabajais por parecer bien tocadas, en balde os servís en el cabello de los maestros que mejor lo aderezan, que el Señor manda que lo cubrais (3). Y creo que lo mandó porque algunas de vuestras cabezas jamás fuesen vistas. Plega á él que yo, el más miserable de todos, en aquel público y alegre dia del regocijo cristiano alce la cabeza, siquiere puesto á vuestros piés, que entónces veré

(1) Lo mismo que sombrero. Es voz anticuada.

(2) Matth., cap. 6, v. 27.

(3) 1. Ad corinth., cap. 11.

si resucitais con albayalde, con colorado, con azafran, con esos rodetes de la cabeza, y veré si á la que saliere así pintada la subirán los ángeles en las nubes al recibimiento de Cristo. Si son estas cosas buenas, si son de Dios, tambien entónces se vendrán á los cuerpos y resucitarán, y cada una conocerá su lugar. Pero no resucitarán más de la carne y el espíritu puros. Luego las cosas que ni resucitarán con el espíritu ni con la carne, porque no son de Dios, condenadas cosas son. Abstencos, pues, de lo que es condenado. Tales os vea Dios ahora, cuales os ha de ver entónces. Mas diréis que yo, como varon y como de linaje contrario, vedo lo lícito á las mujeres, como si permitiese yo algo desto á los hombres: ¿Por ventura el temor de Dios y el respeto de la gravedad que se debe, no quita muchas cosas á los varones tambien? Porque sin ninguna duda, así los varones por causa de las mujeres, como á las mujeres por contemplacion de los hombres, les nace de su naturaleza viciosa el deseo de bien parecer. Que tambien nuestro linaje sabe hacer sus embustes: sabe *atusarse* (1) la barba, entre-sacarla, ordenar el cabello, componerle,

(1) Atusar significa propiamente cortar el pelo con tijera.

dar color á las canas, y quitar, luégo que comienza á nacer, el vello del cuerpo, pintarle en partes con aceites afeminados, y en partes alisarse con polvos de cierta manera; sabe consultar el espejo en qualquiera ocasion, ó mirarse en él con cuidado. Mas la verdad es que el conocimiento que ya profesamos de Dios, y el despojo del desear aplacer, y la pausa que prometemos de los excesos viciosos, huye destas cosas todas, que en sí no son de fruto, y á la honestidad hacen notable daño. Porque adonde Dios está, allí está la limpieza, y con ella la gravedad, ayudadora y compañera suya. Pues ¿cómo serémos honestos si no curamos de lo que sirve á la honestidad como propio instrumento, que es el ser graves? O ¿cómo conservarémos la gravedad, maestra de lo honesto y de lo casto, si no guardamos lo severo así en la cara como en el aderezo, como en todo lo que en nuestro cuerpo se ve? Por lo cual tambien en los vestidos poned tasa con diligencia, y desechad de vosotras y dellos las galas demasiadas; porque, ¿qué sirve traer el rostro honesto y aderezado con la sencillez que pide nuestra profesion y doctrina, y lo demas del cuerpo rodeado de esas burlerías de ropas ajironadas y pomposas y regaladas? Qué fácil es de ver cuán junta anda esa pompa con la lasci-

via, y cuán apartada de las reglas honestas, pues ofrece al apetito de todos á la gracia del rostro, ayudada con el buen atavío; tanto, que si esto falta, no agrada aquello, y queda como descompuesto y perdido. Y al revés, cuando la belleza del rostro falta, el lucido traje cuasi suple por ella. Aun á las edades quietas ya y metidas en el puerto de la templanza, las galas de los vestidos lucidos y ricos las sacan de sus casillas, é inquietan con ruines deseos su madurez grave y severa, pensando más el sainete del traje que la frialdad de los años. Por tanto, benditas, lo primero, no deis entrada en vosotras á las galas y riquezas de los vestidos, como á rufianes que sin duda son y alcahuetes; lo otro, cuando alguna usare de semejantes arreos, forzándola á ello ó su linaje ó sus riquezas ó la dignidad de su estado, use dellos con moderacion quanto le fuere posible, como quien profesa castidad y virtud, y no dé riendas á la licencia con color que le es fuerza; porque, ¿cómo podrémos cumplir con la humildad que profesamos los que somos cristianos, si no cubijais como con tierra el uso de vuestras riquezas y galas que sirve á la vanagloria? Porque la vanagloria anda con la hacienda. Mas diréis: ¿No tengo de usar de mis cosas? ¿Quién os lo veda que useis? Pero usad conforme

al Apóstol, que nos enseña (1) que usemos deste mundo como si no usásemos dél. Porque, como dice, — todo lo que en él se parece vuela. Los que compraren, dice, compren como si no poseyesen (2). — Y esto ¿por qué? Porque habia dicho primero (3), — el tiempo se acaba. — Y si el Apóstol muestra que aún las mujeres han de ser tenidas como si no tuviesen, por razon de la brevedad de la vida, ¿qué será destas sus vanas alhajas? ¿Por ventura muchos no lo hacen así, que se ponen en vida casta por el reino del cielo, privándose de su voluntad del deleite permitido y tan poderoso? ¿No se ponen entredicho algunos de las cosas que Dios cria, y se contienen del vino y se destierran del comer carne, aunque pudieran gozar dello sin peligro ni solitud, pero hacen sacrificio á Dios de la aficion de sí mismos en la abstinencia de los manjares? Harto habeis gozado ya de vuestras riquezas y regalos, harto del fruto de vuestras dotes. ¿Habeis por caso olvidado lo que os enseña la voz de salud? Nosotros somos aquellos en quien vienen á concluirse los siglos (4); nosotros á los que, siendo ordenados de Dios ántes del

(1) I, Ad corinth., cap. 7, v. 15.

(2) Ibid., v. 30.

(3) Ibid., v. 29.

(4) I, Ad corinth., cap. 10, v. 11.

mundo para sacar provecho y para dar valor á los tiempos (1), nos enseña él mismo (2) que castigemos, ó como si dijésemos, que castremos el siglo; nosotros somos la circuncision general de la carne y del espíritu (3), porque cercenamos todo lo seglar del alma y del cuerpo. ¿Dios sin duda nos debió de enseñar cómo se cocerian las lanas, ó en el zumo de las yerbas ó en la sangre de las ostras? ¿Olvídósele, cuando lo crió todo, mandar que naciesen ovejas de color de grana ó moradas? ¿Dios debió de inventar los telares do se tejen y labran las telas, para que labrasen y tejiesen las telas delicadas y ligeras, y pesadas en solo el precio? ¿Dios debió de sacar á luz tantas formas de oro para luz y ornamento de las piedras preciosas? ¿Dios enseñaría horadar las orejas con malas heridas, sin tener respeto al tormento de su criatura ni al dolor de la niñez, que entónces se comienza á doler, para que de aquellos agujeros del cuerpo, soldadas ya las heridas, cuelguen no sé qué malos granos? Los cuales los partos se engieren por todo el cuerpo en lugar de hermosura; y aún hay gentes que al mismo oro, de que haceis honra y gala

(1) Ad ephes., cap. 4, v. 4.

(2) II, Ad corinth., cap. 6, v. 9.

(3) Ad philippens., cap. 3, v. 5.

vosotras, le hacen servir de prisiones, como en los libros de los gentiles se escribe. De manera que estas cosas, por ser raras, son buenas, y no por sí. La verdad es que los ángeles malos fueron los que las enseñaron; ellos descubrieron la materia, y los mismos demostraron el arte. Juntóse con el ser raro la delicadez del artificio, y de allí nació el precio, y del precio la mala codicia que dello las mujeres tienen, las cuales se pierden por lo precioso y costoso. Y porque estos mismos ángeles que descubrieron los metales ricos, digo la plata y el oro, y que enseñaron cómo se debian labrar, fueron tambien maestros de las tinturas con que los rostros se embellecen y se coloran las lanas, por eso fueron condenados de Dios, como en Enoch se refiere. Pues ¿en qué manera agradarémos á Dios, si nos preciamos de las cosas de aquellos que despertaron contra sí la ira y el castigo de Dios? Mas háyalo Dios enseñado, háyalo permitido, nunca Esaias (1) haya dicho mal de las púrpuras, de los joyeles; nunca haya embotado las ricas puntas de oro; pero no por eso, haciendo lisonja á nuestro gusto, como los gentiles lo hacen, debemos tener á Dios por maestro y por inventor destas cosas, y no por juez

(1) Ad philippens., cap. 3.

y pesquisidor del uso dellas. ¡Cuánto mejor y con más aviso andaremos si presumiéremos que Dios lo proveyó todo y lo puso en la vida para que hubiese en ella alguna prueba de la templanza de los que les siguen! De manera que, en medio de la licencia del uso, se viese por experiencia él templado. ¿Por ventura los señores que bien gobiernan sus casas no dejan de industria algunas cosas á sus criados, y se las permiten, para experimentar en qué manera usan dellas, si moderadamente, si bien, pues que loado es allí el que se abstiene de todo, el que se recela de la descendencia del amo? Así, pues, como dice el Apóstol (1), —todo es lícito, pero no edifica todo.—El que se recelare en lo lícito, ¡cuánto mejor temerá lo vedado! Decidme qué causa teneis para mostraros tan enjauzadas, pues estais apartadas de lo que á las otras las necesita; porque ni vais á los templos de los idolos, ni salís á los juegos públicos, ni teneis que ver con los dias de fiesta gentiles; que siempre por causa destes ayuntamientos, y por razón de ver y de ser vistas se sacan á plaza las galas, ó para que negocie lo deshonesto, ó para que se engria lo altivo, ó para hacer el negocio de la deshonestidad, ó para fo-

(1) I, Ad corinth., cap. 10, v. 25.

mentar la soberbia. Ninguna causa teneis para salir de casa, que no sea grave y severa, que no pida estrechez y encogimiento; porque, ó es visita de algun infiel enfermo, ó es ver la misa ó el oír la palabra de Dios. Cada cosa destas es negocio santo y grave, y negocio para que no es menester vestido y aderezo, ni extraordinario ni polido ni disoluto. Y si la necesidad de la amistad ó de las buenas obras os llama á que veais los infieles, pregunto, ¿por qué no iréis aderezadas de lo que son vuestras armas, por eso mismo, porque vais á las que son ajenas de vuestra fe, para que haya diferencia entre las siervas del demonio y de Dios? ¿Para que les sea como ejemplo y se edifiquen de veros? ¿Para que, como dice el Apóstol, sea Dios ensalzado en vuestro cuerpo? Y es ensalzado con la honestidad y con el hábito que á la honestidad le conviene. Pero dicen algunas:—Antes porque no blasfemen de su nombre en nosotras, si ven que quitamos algo de lo antiguo que usábamos; luego ni quitemos de nosotros los vicios pasados. Seamos de unas mismas costumbres, pues queremos ser de un mismo traje, y entonces con verdad ¿no blasfemarán de Dios los gentiles?—¡Gran blasfemia es, por cierto, que se diga de alguna que anda pobre despues que es cristiana! ¿Temerá nadie

de parecer pobre despues que es más rica, ó de parecer sin aseó despues que es limpia? Pregunto á los cristianos, ¿ cómo les conviene que anden, conforme al gusto de los gentiles ó conforme al de Dios? Lo que tenemos de procurar es no dar causa á que con razon nos blasfemen. ¡ Cuánto será más digno de blasfemia si las que sois llamadas sacerdotes de honestidad salís vestidas y pintadas como las deshonestas se visten y afeitan, ó que más hacen aquellas miserables que se sacrifican al público deleite y al vicio, á las cuales, si antiguamente las leyes las apartaron de las matronas y de los trajes que las matronas usaban, ya la maldad de este siglo, que siempre crece, las ha igualado en esto con las honestas mujeres, de manera que no se pueden reconocer sin error! Verdad es que las que se afeitan como ellas poco se diferencian dellas; verdad es que los afeitados de la cara, las escrituras nos dicen que andan siempre con el cuerpo *burdel* (1), como debidos á él y como sus allegados. Que aquella poderosa ciudad, de quien se dice (2) que preside sobre siete montes, y quien mereció que la llamase ramera Dios, ¿ con qué traje, veamos, corresponde á su

(1) Se toma como adjetivo, y es lo mismo que torpe ó injurioso.

(2) Apocalyp., cap. 17.

nombre? En carmesi se asienta sin duda, y en púrpura y en oro y en piedras preciosas, que son cosas malditas, y sin que pintada ser no pudo la que es ramera maldita. La Thamar, porque se engalanó y se pintó, por eso á la sospecha de Júdas fué tenuta por mujer que vendia su cuerpo (1); y como la encubria el rebozo, y como el aderezo daba á entender ser ramera, hizo que la tuviese por tal; quisola y rucuestóla, y puso su concierto con ella. De adonde aprendemos que conviene en todas maneras cortar el camino áun á lo que hace mala sospecha de nosotros. Que ¿ por qué la entereza del ánima casta ha de querer ser manchada con la sospecha ajena? ¿ Por qué se esperará de vos lo que huís como la muerte? ¿ Por qué mi traje no publicará mis costumbres, para que, por lo que el traje dice, no ponga llaga la torpeza en el alma, y para que pueda ser tenuta por honesta la que desama el ser deshonesto? Mas dirá por caso alguna: — No tengo necesidad de satisfacer á los hombres, ni busco el ser aprobada dellos; Dios es el que ve el corazón (2). — Todos sabemos eso, mas tambien nos acordamos de lo que él mismo por su Apóstol

(1) Genes., cap. 38, v. 14, 15, 16, 17, 18.

(2) I, Reg., cap. 16, v. 7. Ps. vii, v. 10.

escribe: — Vean los hombres que vivís bien (1). — Y ¿para qué, sino para que la mala sospecha no os toque, y para que seáis buen ejemplo á los malos, y ellos os den testimonio? O ¿qué es, si esto no es? Resplandezcan vuestras buenas obras; ó ¿para qué nos llama el Señor luz de la tierra (2)? ¿Para qué nos compara á ciudad puesta en el monte, si nos sumimos y lucir no queremos en las tinieblas? Si escondiéredes debajo del celemin la candela de vuestra virtud, forzoso será quedaros á oscuras, y de fuerza estropezarán en vosotras diversas gentes. Las obras de buen ejemplo, éstas son las que nos hacen lumbreras del mundo; que el bien entero y cabal no apetece lo oscuro, ántes se goza en ser visto, y en ser demostrado se alegra. A la castidad cristiana no le basta ser casta, sino parecer tambien que lo es; porque ha de ser tan cumplida, que del ánimo mane al vestido, y del secreto de la conciencia salga á la sobrehaz para que se vean sus alhajas de fuera, y sean cual convienen ser para conservar perpétuamente la fe. Porque conviene mucho que desechemos los regalos muelles, porque su blandura y demasia excesiva afeminan la

(1) Ad philippens., cap. 4, v. 5.

(2) Math., cap. 5, v. 14.

fortaleza de la fe y la enflaquecen. Que cierto no sé yo si la mano acostumbrada á vestirse del guante sufrirá pasarse con la dureza de la cadena, ni sé si la pierna hecha al calzado bordado consentirá que el cepo la estreche. Temo mucho que el cuello embarazado con los lazos de las esmeraldas y perlas no dé lugar á la espada. Por lo cual, benditas, ensayémonos en lo más áspero, y no sentiremos. Dejemos lo apacible y alegre, y luégo nos dejará su deseo. Estemos aprestadas para cualquier suceso duro, sin tener cosa que temamos perder; que estas cosas ligaduras son que detienen nuestra esperanza. Desechemos las galas del suelo si deseamos las celestiales. No améis el oro, que fué materia del primer pecado del pueblo de Dios (1). Obligadas estais á aborrecer lo que fué perdición de aquella gente; lo que apartándose de Dios, adoró; y áun ya desde entónces el oro es yesca del fuego. Las sienes y frentes de los cristianos en todo tiempo, y en este principalmente, no el oro, sino el hierro, las traspasa y enclava. Las estolas del martirio nos están prestas y á punto. Los ángeles las tienen en las manos para vestirnoslas. Salid, salid ade rezadas con los afeites y con los trajes vis-

(1) Exod., cap. 32.

tosos de los apóstoles. Poneos el blanco de la sencillez, el colorado de la honestidad; alcoholad con la vergüenza los ojos, y con el espíritu modesto y callado. En las orejas poned como arracadas las palabras de Dios. Añudad á vuestros cuellos el yugo de Cristo. Sujetad á vuestros maridos vuestras cabezas, y quedaréis así bien hermosas. Ocupad vuestras manos con la lana, enclavad en vuestra casa los piés, y agradarán más así que si los cercásedes de oro. Vestid seda de bondad, Holanda de santidad, púrpura de castidad y pureza, que afeitadas desta manera, será vuestro enamorado el Señor.» Esto es el Tertuliano. Mas no son necesarios los arroyos, pues tenemos la voz del Espíritu Santo, que por la boca de sus Apóstoles San Pedro y San Pablo, condena este mal clara y abiertamente. Dice San Pedro (1): «Las mujeres estén sujetas á sus maridos, las cuales ni traigan por defuera descubiertos los cabellos, ni se cerquen de oro, ni se adornen con aderezo de vestiduras preciosas, sino su aderezo sea en el hombre interior, que está en el corazon escondido. La entereza y el espíritu quieto y modesto, el cual es de precio en los ojos de Dios; que desta manera en otro tiempo se ade-

(1) I, Pet., cap. 3, v. 1, 5, 4, 5.

rezaban aquellas santas mujeres. • Y San Pablo escribe semejantemente (1): «Las mujeres se vistan decentemente, y su aderezo sea modesto y templado, sin cabellos encrespados y sin oro y perlas, y sin vestiduras preciosas, sino cual conviene á las mujeres que han profesado virtud y buenas obras.» Este, pues, sea su verdadero aderezo, y para lo que toca á la cara, hagan como hacía alguna señora de este reino. Tiendan las manos y reciban en ellas el agua sacada de la tinaja, que con el aguamanil su sirvienta les echare, y llévenla al rostro, y tomen parte della en la boca y laven las encías, y tornen los dedos por los ojos y llévenlos por los oídos, y detras de los oídos tambien, y hasta que todo el rostro quede limpio no cesen; y despues, dejando el agua, límpiense con un paño áspero, y queden así más hermosas que el sol. Añade:

§ XIII.

La buena mujer ha de ser dicha, gloria, feliz suerte y bendicion de su marido.

Señalado en las puertas su marido cuando se asentare con los gobernadores del pueblo (2).

En las puertas de la ciudad eran anti-

(1) I, Ad Timoth., cap. 2, v. 9.

(2) Vers. 23.